

tra el progreso; para los segundos, si interpretan el progreso sin la realidad. ¿Cuál pesadilla la más triste? La de los últimos: infunden una melancolía y un desaliento letales esos angostos corredores mal alumbrados, que en el fondo de los teatros conducen al escenario; cuelgan allí tules de vivos colores, cintas de lentejuelas, estrellas y flores de papel, y en un rincón se arroja cansadamente la mujer marchita que un momento hace era la bailarina deslumbrante. La pequeña realidad es mejor que la belleza falsa.

DESENCARNACION

¿PODRÍAS redimirte de tu ambiente? En tu más afortunada tentativa sales de la realidad, te apartas de ella; pero conservas su forma: vienes a ser como ese translúcido cascarón que deja la cigarra o el grillo y en el que quedan, fiel y finamente marcadas, las formas del insecto. Conservas su apariencia, pero no su íntima palpitación; y realizas entonces tu función social, mecánicamente, sin profundo impulso, como sombra. Tienes tus deberes que son simulacros idealizados de los deberes de la realidad. Uno de éstos es la distribución de los juicios. Mas, puesto que no estás ya entre tus semejantes, no son ya tus juicios para tus semejantes, sino para los sucesos; no existirán ya seres humanos, sino abstracciones en actividad. Vas solo: sin amor, sin envidia, sin venganza. Tu mano desapasionada distribuye el laurel y el veneno, y ambos, veneno y laurel, inocuos son e insípidos. La imperturbable ecuanimidad de tus juicios es tu deber. Crees que has redimido de los intereses a tu alma porque contempla y juzga perfecta y serena. Y tú no eres sino un reflejo frío o una sombra inánime de aquello que juzgas.

LO DIFÍCIL

EN los tiempos inertes, los elementos de la verdad son devueltos a los hombres por la naturaleza; aparecen como esas afloraciones de cristal en las sierras; resaltan claros, a flor de la masa humana. Han sido olvidados, pero los indispensables resurgen, tarde o temprano, por vía de hombres que no los deliberaron. La naturaleza echa, de cuando en cuando, una onda inteligente. A la larga, de un toque rápido, corrige y vuelve a sumir el dedo en el silencio, bajo la superficie de lo viviente. No ayuda; vela por su bien. Cuando los atenienses rendían a dos de los suyos honores divinos, que nadie merece, y en la común dignidad todos callaban, en torno de las aras nacía cicuta: así despertaba la digni-

dad humana en la tierra, en el suelo, que daba la planta ominosa a los dioses mentidos. Y siempre en el tiempo de los corazones quebrados y de los ánimos lacios, nacen al fin una energía y una intensidad que todavía no son nuestras. Y con esa impulsión forastera recuperamos lentamente el equilibrio... Pero, ¿cómo descubrir, limpios, los elementos del progreso en tiempos de tumultuosa furia progresista? Todas las palabras sagradas son voceadas a la vez por todas las bocas. Cada uno es parte de la inmensa charanga triunfal. En tropa bizarra de colores y gritos y posturas, dondequiera se ostentan los elementos del progreso; pero ¿cómo rastrear entonces, dónde está el secreto calor de la virtud que los hace fecundos?

LOS SENTIMIENTOS

ESTÁ bien que, constantemente, more en ti un sentimiento profundo: constituye tu «tono» humano. Ni toda casa es hogar; ni toda forma, símbolo; ni todo hombre, humano. Y sin un gran sentimiento serías de sentido humano estéril. Pero conserva siempre, con áspero celo, la libertad de elegir ese sentimiento y de desecharlo y cambiarlo según quieras. Acepta la esclavitud, mas no el amo. Vibra de pasión; mas no con cualquier pasión. Velas que parten, sufren todas el viento, mas navegar no importa sino adónde van. Ve, por ejemplo, el amor. Si es para ti cosa divina, gobiérnate y gobiérnalo para que no se empañe su calidad, ni con ello desmedre tu devoción. Si deja de ennoblecerte, abandónale. Vive con él en mutuo cambio de honor. Hazlo por él. Sosténgase en tu dignidad; brille por la altiva pureza de tu servicio, como la gloria del rey brilla por la gloria de sus paladines.

(Atlántida. Buenos Aires).

Cabos sueltos

EN el mismo día, en Washington, un gran orador, Burke, y un firme pensador, Bryce, fueron honrados con monumentos apropiados. Burke representa la emoción. Eso es lo que le hizo odiar a la Revolución Francesa, la mejor cosa de la historia moderna. Bryce representa el intelecto, el juicio firme. Probablemente habrá encontrado a Burke en el cielo para ahora y le habrá hecho comprender que la muerte de un débil rey, una reina estúpida y unos cuantos nobles representa poco, toda vez que, aunque es lamentable, ello condujo al establecimiento de la magnífica República Francesa.

Recordad siempre, para tranquilidad de los nervios excitados de la alta finanza, que no existía la urna electoral para el pueblo

bajo en Francia. Por tanto tenían que realizar una revolución. Aquí tenemos la urna electoral y por tanto no hay necesidad de revoluciones y jamás habrá una: a menos de que la alta finanza se entontezca exageradamente, y aun así no habrá revolución alguna, probablemente.

* *

HOMBRES de negocios cansados: esto va con ustedes. El doctor Ochsner, de Chicago, hombre muy sabio, dice que las perturbaciones de ustedes proceden de la «acumulación de material ponzoñoso de fatiga». Los dividendos acumulativos son agradables, pero los venenos de la fatiga acumulativa no lo son. Los venenos se acumulan en el sistema y permanecen en él, como ocurre con el mercurio que algunos tontos toman como medicina. El simple descanso no basta para eliminar el veneno. Es necesario trabajar para eliminarlo. Se necesitan, por lo menos, dos semanas de trabajo para descargar la acumulación de veneno de una semana. Lo que llega lentamente tiene que irse lentamente.

A. BRISBANE

(El Mundo, Habana).

Ni católico, ni socialista

...En segundo lugar, yo en lo personal, nunca he tenido la honra de confesar las ideas católicas. Jamás se me habrá podido contar en el número de los adeptos de esta ilustre religión. Mis libros, que ya llevan algún tiempo de circular en el país y fuera de él, comprueban que, profesando respeto y admiración por la obra secular de la Iglesia, jamás me he contado en el número de sus panegiristas ni de sus adeptos. Pero si fuera católico, no sería Caballero de Colón, porque creo que se puede perfectamente confesar el catolicismo sin afiliarse a esta Sociedad secreta que quizás no se halle enteramente de acuerdo con el principio luminoso del cristianismo, que obliga a vivir sin secretos de ninguna especie, como vivió Jesucristo. Nada para mí tan distante del pensamiento cristiano, como las asociaciones que, fuertes o débiles, admiten procedimientos ocultos, injustificables en mi sentir, a la luz del cristianismo.

Tampoco tengo la honra de pertenecer al Partido Socialista. Yo sé bien que muchas de sus reivindicaciones son justas; que muchos de sus empeños son admirables; pero del propio modo que declaro que no pertenezco a la comunión católica ni a los Caballeros de Colón, afirmo que no me cuento en el número de los socialistas mexicanos ni me he contado jamás.

ANTONIO CASO

(El Mundo, México, D. F.)